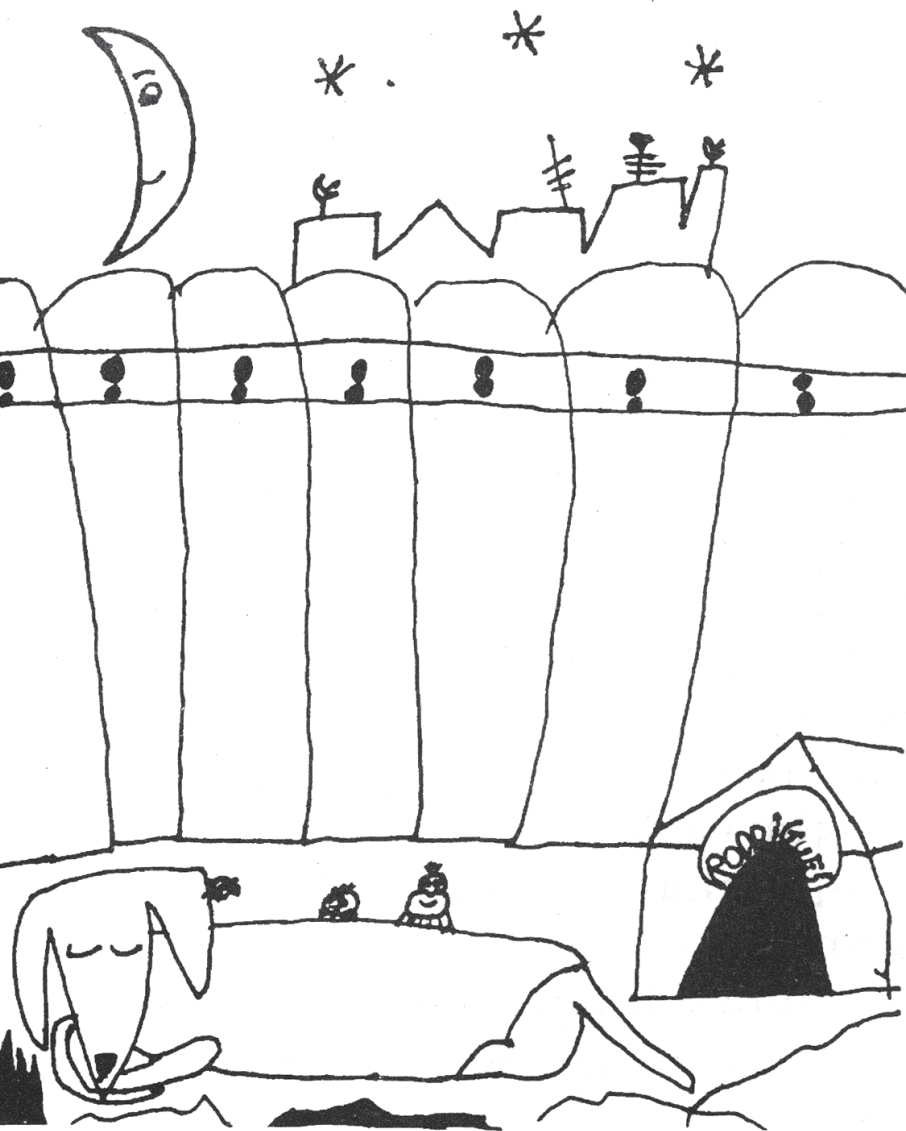


Helen Velando

Cuentos de  
otras lunas

loqueleg



---

## UN CUENTO EN CUARTO MENGUANTE

### PULGAS Y OTROS BICHOS

La luna se iba haciendo cada vez más chiquitita en aquellas noches de primavera, entraba en cuarto menguante. En el jardín de una casa, un perro dormía y roncaba tranquilamente sobre el pasto. Recostada cómodamente sobre el perro, la pulga observaba el cielo estrellado y pensaba en voz baja para no hacer ruido. Con una pata cruzada sobre la otra, reflexionaba sobre esas dos palabras: cuarto menguante.

“Probablemente”, pensó la pulga, “quiere decir que la luna va a entrar en algún lugar distinto, a otro cuarto, como por ejemplo, al cuarto de los nenes o al cuarto de baño”. ¡Claro! ¡Seguro era eso! Ella había escuchado muchas veces hablar de esos lugares y en ciertas ocasiones había dado algún salto por allí, de observadora que era nomás.

—Sí, la luna debe irse a otro cuarto, ¡es por eso que no la vemos! —exclamó la pulga.

La pulga pensaba en voz baja, porque la garrapata gorda dormía a unos pocos centímetros sobre un mechón de pelo gris. Pero con aquel pensamiento en voz alta, la pobre despertó sobresaltada.

—¿Quién? ¿Cómo? ¡Yo no fui! —gritó la garrapata gorda.

—Digo que eso debe ser —explicó la pulga con las patas cruzadas bajo la nuca.

—¡Ah! Sí, sí —contestó la garrapata (porque es sabido que las garrapatas cuando recién se despiertan contestan cualquier cosa).

—Digo que cuando la luna se va haciendo chiquitita y queda como un gajito de mandarina, está en “cuarto menguante”.

—¿Y...?

—¿Cómo “y”...? Que estuve pensando que el cuarto menguante debe ser como un lugar más de la casa, ¿me entiende? Como si la luna se fuera a otro dormitorio o a la cocina o al cuarto de baño; por eso dejamos de verla.

—Puede ser —dijo la garrapata gorda rascándose la panza y bostezando—. Aunque yo creo que la luna es como una gran linterna, que se va quedando sin pilas.

De pronto una pulga chiquita, que dormía en la oreja del perro, se tiró como si estuviera en un tobogán y llegó al lomo.

La pulguita se arregló el pelo y dijo:

—Disculpen que las interrumpa, pero yo tengo otra idea.

La pulga y la garrapata gorda la miraron enojadas: venir a interrumpir una conversación de grandes... ¡Qué vergüenza!

—¡Usted es muy chiquita para estar levantada a estas horas! —rezongaron a dúo.

—Es que las pulgas chiquitas también pensamos, y yo tengo otra teoría sobre la luna y el cuarto menguante.

—¡Hágame el favor, estamos hablando de cosas serias! —se enojó aun más la pulga grande.

—Está bien. A ver, dígame, ¿qué pensó? —preguntó la garrapata que tenía más paciencia.

—Yo creo que la luna se va haciendo invisible —dijo la pulguita.

—¡Ridículo! —exclamó la pulga.

—Absolutamente —afirmó la garrapata—. Usted está viendo mucha televisión.

—¡Pero si las pulgas chiquitas no miramos televisión!

—Es igual, ¡no diga bobadas! ¿Cómo la luna se va a hacer invisible? Para mí que el baño que le dieron al perro con champú antipulgas la emborrachó.

—¡Absolutamente de acuerdo! —apoyó la garrapata gorda.

Con tanto alboroto, el perro se acomodó, se rascó el lomo y lanzó un ronquido. El bicherío voló por los aires y cayeron las tres sentadas de cola.

—¡Ayyy! —gritaron las tres.

—¿Y cómo es el asunto de la luna invisible? —preguntó la pulga frotándose la cola—. Solo por curiosidad... ¡está claro!

—Absolutamente de acuerdo —repitió la garrapata gorda (y por lo que se ve, a las garrapatas les gustan mucho las frases importantes).

—Muy sencillo —dijo la pulga chiquita un poco agrandada—: la luna es como un espejo que refleja la luz del sol, si el sol no alumbra no podemos verla, entonces se hace invisible.

La pulga y la garrapata la miraron muy serias.

—Y entonces dígame, ¿por qué vemos las estrellas, eh? —preguntó la pulga grande haciéndose la interesante.

—Porque las estrellas son como bombitas, tienen luz propia; la luna no, le pide prestada su luz al sol.

—Interesante, pero un poco loca su teoría. Bueno, ahora ¡váyase a dormir! —ordenó la garrapata.

Como las pulgas chiquitas son muy obedientes, no hubo necesidad de repetirlo. La pulga chiquita pegó un salto y se acomodó en la oreja peluda del perro.

La garrapata gorda y la pulga se quedaron en silencio mirando el cielo. Estaban muy pensativas.

---

—¡Invisible! —dijo la pulga.

—¡Ja! ¡Las cosas que hay que oír! —refunfuñó la garrapata.

—Mire si la luna va a estar entera y nosotros vamos a ver solo la parte que alumbra el sol.

—Cierto. Las cosas que hay que escuchar —repitió la garrapata.

—Bueno, vamos a dormir —propuso la pulga y se acomodó.

—Sí, tiene razón. Hasta mañana —aceptó la garrapata gorda, estirándose panza arriba.

Pero ni la pulga ni la garrapata durmieron en toda la noche; no podían dejar de pensar en lo que había dicho la pulga chiquitita.

Desde la oreja del perro se escuchó una risita. La pulga chiquita se asomó, miró el cielo y le pareció ver que la luna en cuarto menguante le hacía una guiñada de complicidad.